

MOCHIS, FRUTO DE UN SUEÑO IMPERIALISTA

Mario GILL

LA CIUDAD DE MOCHIS, en el Estado de Sinaloa, cumplió en 1953 su primer cincuentenario. Es, pues, una de las ciudades más jóvenes de México. Al iniciarse el presente siglo, el lugar donde se asienta era un erial inmenso cubierto de pitahayales y varaprietas, de mezquites y de *mochi*, una humilde hierbecita que prestó su nombre a la población. Hoy es una ciudad de más de treinta mil habitantes, de calles rectas y amplias, bordeadas de árboles. Su trazo es el de las pequeñas poblaciones norteamericanas de fines del siglo pasado; en el conjunto de las viejas poblaciones fundadas por los españoles y trazadas tan caprichosamente, Mochis se destaca por su planeación funcional, que denuncia inmediatamente su estirpe yanqui.

En el Noroeste se ha aceptado la idea, que no corresponde exactamente a la realidad, de que esa ciudad fue fundada por un norteamericano, Mr. Benjamín Francis Johnston, el año de 1903. En esa fecha se obtuvo la primera zafra del ingenio allí establecido. El poder económico y político de Johnston hizo que se aceptara esa fecha como la del nacimiento de la ciudad. Es verdad que años después, cuando la población ya se había formado alrededor del nuevo centro de trabajo, los ingenieros del ingenio dibujaron el plano sobre el cual se desarrolló posteriormente la ciudad. Pero muchos años antes de que llegara Johnston había surgido en el predio de Mochis un núcleo de población que fue, en realidad, el que dio vida y origen a la ciudad.

La joven y floreciente población tiene un porvenir extraordinario; será, dentro de muy pocos años, la ciudad más importante de la costa mexicana del Pacífico. Pero, además de ser una ciudad con porvenir, Mochis es una ciudad con un pasado. A pesar de su juventud tiene ya historia y, por cierto, nada vulgar; por sus antecedentes está emparentada con la Ciudad del Sol de Campanella y con las bellas utopías que florecieron a lo largo del siglo XIX. Su pasado corresponde a ese sector que pudiera llamarse de la poesía de la historia, cuando la fantasía triunfaba sobre la realidad.

CONSOLIDADA LA UNIÓN norteamericana al terminar la Guerra Civil, se inició, pocos años después, la política de expansión del capitalismo yanqui. Para eso era necesario, en primer término, comunicar a los Estados

Unidos con los países del Sur, probables campos de inversión. Una comisión de ingenieros y especialistas en otras ramas de la ciencia vinieron a México. Hicieron a caballo el recorrido que hoy cubre la ruta de los Ferrocarriles Nacionales. Se había dado el primer paso hacia la dominación imperialista de México. Pero eso era apenas el principio; había que seguir adelante. El grupo comisionó al más joven y entusiasta, el ingeniero Albert Kimsey Owen, de 23 años, para que explorara el Occidente de la República con vistas a la construcción de otro ferrocarril que uniera el centro del país con Colorado Springs, en los Estados Unidos, a lo largo de la costa del Pacífico.

Owen, a caballo como todo buen conquistador, recorrió las brechas que siglos atrás habían conducido a Nuño de Guzmán a la conquista de su reino de Nueva Galicia. A fines de 1872 Owen llegó al valle del río Fuerte. Desde una colina contempló el espectáculo impresionante de la bahía de Ohuira —una de las que forman el puerto de Topolobampo— por un lado, y por el otro, la sabana gris haciendo horizonte hacia el Oriente. Albert Kimsey y su compañero, el ingeniero Fred G. Fitch, exploraron la región; consultaron sus mapas, hicieron cálculos y, principalmente, abrieron de par en par las ventanas de la imaginación.

Topolobampo resultaba ser un sitio excepcional. Su posición geográfica lo convertía en una especie de encrucijada del mundo. Un ferrocarril que lo uniera con el centro y la costa atlántica de los Estados Unidos, a través de la sierra de Chihuahua, acortaría en casi mil kilómetros la distancia entre el Atlántico y el Pacífico, es decir, entre el Occidente industrializado, productor de mercancías, y los inagotables mercados y fuentes vírgenes de materias primas del Oriente. Encontrar el camino más corto entre el Occidente y el Oriente fue, hasta fines del siglo XIX, una obsesión occidental. En la época en que Owen descubrió a Topolobampo no estaba construido el Canal de Panamá.

Albert Kimsey vio, en su ensoñación, cómo las bahías de Topolobampo eran surcadas por centenares de barcos de todos los países y cómo en la sabana surgía una gran metrópoli moderna erizada de chimeneas, y los inmensos eriales grises se cubrían de verde al ser regados por las aguas del río Fuerte. Topolobampo sería el lugar donde los hombres del Oriente fraternizarían con los americanos y los europeos y, además, el corredor internacional a través del cual se operaría el movimiento comercial más importante de la tierra. En el sueño de Owen, Topolobampo se convertía en una urbe cosmopolita, punto clave para el intercambio de productos y para promover la amistad y la concordia entre los pueblos.

Pero los jóvenes conquistadores yanquis no se limitaron a soñar; denunciaron como baldías las tierras del valle en combinación con don Blas Ibarra, de El Fuerte; Fitch se quedó levantando el plano de la cuenca y seguramente proyectando la futura gran ciudad, y Owen regresó a los Estados Unidos a través de la sierra de Chihuahua para localizar,

de paso, la ruta del futuro ferrocarril Kansas-Topolobampo. En Atlanta, Georgia, donde se reunía la convención de los Estados del Sur (marzo de 1873), presentó su proyecto, que consistía en financiar la empresa utilizando el papel moneda —*greenback currency*— emitido para sostener la Guerra Civil y que no estaba, naturalmente, garantizado con las correspondientes reservas de oro.

Owen logró interesar en su proyecto al presidente Grant, a un diputado y a un senador; estos dos últimos presentaron en sus respectivas cámaras el plan de Owen: *The Great Southern Trans-Oceanic and International Trade Line Asia to Europe, via Mexico and the United States*. El proyecto, cimentado sobre papel —los *greenbacks*—, no fue tomado en serio. Transcurrieron siete años durante los cuales Owen no desmayó; realizó campañas de prensa, organizó los *greenback clubs*, describió las bellezas naturales de Topolobampo y de la sierra de Chihuahua, y las riquezas incalculables de la cuenca. Al fin, derrotado en su patria en parte por su juventud y su imaginación y en parte por la indiferencia del capitalismo, interesado entonces en el desarrollo del Oeste, se presentó un buen día en México con una carta de presentación para don Manuel Zamacona, ministro de Relaciones Exteriores.

¡Qué maravilloso documento para la historia de México hubiera sido la versión taquigráfica de la conversación que a fines de 1879 sostuvieron don Porfirio Díaz, en la plenitud de su medio siglo, y el persuasivo y magnético ingeniero yanqui de 30 años! Owen, que venía con el plan de interesar a México en el proyecto de una Exposición Internacional, salió feliz de la entrevista y con el encargo de presentar a la mayor brevedad un proyecto... ¡para las obras del desagüe del Valle de México!

Albert Kimsey sugirió abrir el canal Tezcoco-Huehuetoca y financiar la obra mediante una emisión de papel moneda —¡otra vez los *greenbacks*!— especial del Tesoro mexicano. Pero no se conformó con eso, sino que, por su cuenta, añadió un memorial: *The military, postal and commercial highways of Mexico and the United States. Their construction and management*. Owen entregó a don Porfirio, además, un plan para crear una red completa de ferrocarriles en México, así como una serie de sugerencias para reorganizar la administración y los servicios públicos. Las concesiones respectivas fueron extendidas y Owen regresó rápidamente a los Estados Unidos a fin de reunir el capital necesario para respaldar esos proyectos.

Organizada la empresa, embarcó rumbo a México en unión de sus dieciséis socios, a bordo del *City of Veracruz*, en agosto de 1880. Un ciclón destrozó el barco contra los arrecifes de la Florida. Setenta personas murieron ahogadas. Owen fue el único superviviente. Volvió a Nueva York y organizó nueva empresa, con Ulysses S. Grant, Jr., como presidente. Cuando se disponía a venir a México, recibió la noticia de que sus concesiones, vencidas, habían sido entregadas a otras personas.

PORFIRIO DÍAZ, SOCIALISTA

Don Manuel González era presidente de México. Albert Kimsey, su amigo, no tuvo ninguna dificultad para conseguir de él una concesión y la promesa de un subsidio de dieciséis millones de dólares para construir la línea férrea y la ciudad proyectadas en 1872. Con esos documentos en el bolsillo, regresó a formar nueva sociedad. Pero esta vez ocurrió algo tan extraordinario como inesperado.

Es evidente que sus continuas frustraciones habían opacado el prestigio de Owen ante los capitalistas y políticos norteamericanos, quienes lo consideraban, seguramente, como un soñador sin sentido práctico. Owen, como pionero del imperialismo, resultaba un chasco. Su proyecto original era magnífico y viable, pero tenía un defecto: su realización sería en detrimento del porvenir de la costa occidental de los Estados Unidos. Los intereses creados en el Oeste, entre ellos los que se orientaban por la construcción del Ferrocarril Sud-Pacífico, fueron los más empeñados en el fracaso de Owen. Este descubrió al fin que el sistema capitalista no era el más indicado para promover el bienestar general y la armonía entre los pueblos.

Su amistad con unos discípulos de Fourier, los esposos Howland, de Nueva Jersey, lo llevó al socialismo utópico con la pasión que ponía en todos sus actos. Como una reacción contra el capitalismo que había estorbado sus sueños, y entusiasmado con la nueva teoría, Owen se entregó con pasión a la tarea de fundar en el valle del Fuerte, el sitio ideal según él, una colonia cooperativa sobre las bases del socialismo y del trabajo colectivo. El plan consistía en la colonización de la cuenca del río Fuerte, con miles de norteamericanos, la construcción de una gran ciudad —la Ciudad del Pacífico— y, por supuesto, la del ferrocarril Topolobampo-Kansas.

La nueva sociedad se regiría por un sistema de su invención —*Integral-Cooperation*—, dentro del cual quedaría abolida la propiedad privada y suprimido el dinero; éste se sustituiría por créditos de trabajo. Los hogares, escuelas, caminos, canales, ferrocarriles, etc., todo sería obra del esfuerzo colectivo según el modelo de los falansterios fourieristas. Sin embargo, para financiar su idea, recurrió Albert Kimsey al método capitalista de la emisión de acciones, para lo cual fundó una sociedad sui géneris: el *Credit Foncier of Sinaloa*. Las revelaciones de Owen acerca de las maravillas y riquezas del valle del Fuerte despertaron mucho interés, pues llegaban en el momento en que, por una parte, se agotaban las posibilidades del Oeste para absorber nuevos núcleos humanos y, por la otra, el capitalismo perfeccionaba sus métodos de explotación. El valle del Fuerte era la nueva tierra de promisión, nuevo El Dorado, y se produjo la estampida hacia el Suroeste.

En noviembre de 1886 llegó el primer grupo de colonos a Topolobampo. No había nada preparado para recibirlos; ni campamentos, ni

viveres, ni agua potable. Owen corrió a la frontera para contener a la caravana, asustado del éxito de su iniciativa. Todo fue inútil: los emigrantes habían quemado sus naves y tenían que seguir adelante; unos llegaron por mar y otros en carretas, después de cruzar desiertos y zonas peligrosas habitadas por indios salvajes. Owen no los había engañado. Como escribieron más tarde en su himno:

*The sweetest place
upon earth's face,
is Topolobampo bay!*

Iniciaron entonces una lucha desesperada por conquistar aquella naturaleza hostil. Construyeron sus hogares —una mezcla de *chinames* indígenas y casas de campo europeas—, la escuela, la universidad, el casino, etc., no en las marismas del Mapahui, donde Owen pensó fundar su ciudad, sino tierra adentro, donde era posible hacer producir a aquella sabana reseca mediante obras de riego. Era el de los colonos owenistas un grupo heterogéneo; había entre ellos políticos prominentes —incluso un ex candidato a la presidencia de los Estados Unidos—, antiguos senadores, catedráticos de las Universidades, hombres de ciencia en todas las especialidades, periodistas, artistas, escritores, etc. Había muchos intelectuales y muy pocos agricultores, artesanos y obreros.

Los caciques de la región y los jefes políticos porfiristas prestaron ayuda entusiasta a los socialistas yanquis. Don Porfirio contemplaba el ensayo comunista con manifiesto interés. Más aún, ordenó al gobernador de Sinaloa, Mariano Martínez de Castro, que ayudase en todo lo posible a los extranjeros. Martínez de Castro hizo una visita a los colonos; ofreció muebles para la escuela de la Logia y les deseó mucho éxito. Algunos pequeños propietarios agrícolas mexicanos ingresaron en el falansterio. Los grandes caciques, como Zacarías Ochoa, Francisco Orrantía y Manuel Borboa, cooperaban cuanto podían para el triunfo de la colonia. No se temía entonces al comunismo.

El sistema feudal o semifeudal de la hacienda convivía en paz al lado de una sociedad en que se habían abolido la propiedad privada, la moneda, los impuestos y los órganos de represión del Estado. En la colonia vivían ya dos mil personas. Planeada sobre bases cooperativas y socialistas, había derivado insensiblemente hacia las normas comunistas (“a cada quien según sus necesidades”, etc.) bajo la influencia evidente de lecturas marxistas mal digeridas. La flamante sociedad sin clases prosperaba; las instituciones culturales florecían y brotaban otras nuevas: la Sociedad Pomológica, el Liceo de la Juventud, los Garden Clubs, etc. Un grupo de actores representaba toda la obra de Shakespeare. Los caciques porfiristas se apresuraron a enviar a sus hijos a la escuela “comunista” de la Logia. De allí salió una generación de mexicanos con una sólida educación moral, con ideales y principios elevados que conser-

van todavía con cariño y respeto. Aquello no era una colonia agrícola, sino un Ateneo. Cuando sólo poseían un arado, ya había surgido una docena de instituciones culturales.

Aquel idilio no podía durar indefinidamente. La situación cambió cuando llegó a la colonia un hombre práctico, Christian B. Hoffman. Convino con Owen en que éste se dedicaría exclusivamente a impulsar la construcción del ferrocarril; Hoffman se encargaría de la colonia. Hombre de negocios, organizó inmediatamente una empresa, la Kansas-Sinaloa Investment Company, que lanzó una emisión de papel moneda para construir obras de riego. Todas las fuerzas de la colonia se concentraron en el canal de Tastes. Hombres, mujeres y niños trabajaron allí, alegremente, recibiendo el mismo salario: tres dólares en certificados de la Kansas-Sinaloa.

Dieciocho meses más tarde, el 12 de julio de 1892, el Ing. Eugene A. H. Tays, director de la obra, abrió las compuertas de un canal de once kilómetros de longitud por seis metros de profundidad y cuatro de ancho, que llevó por primera vez las aguas del río Fuerte a las planicies de Mochis. El canal de Tastes fue el triunfo máximo de la colonia y, paradójicamente, el principio y causa de su disolución. Al subir de valor las tierras con la introducción del agua, apareció el germen del capitalismo, el deseo de poseer privadamente la tierra. La colonia se dividió en dos grupos: los ortodoxos, fieles al ideal colectivista de Owen, y los individualistas, partidarios de Hoffman y de la propiedad privada. Estos aplicaron a los primeros el mote de *saints*, y los "santos", a su vez, pusieron a los disidentes el apodo de *kickers* ("coceadores").

Los primeros se instalaron en la parte baja del canal, en un terreno que por su carácter recibió el nombre de *The Public Farm* —El Público, que se conserva hasta la fecha—, y los individualistas en otro más extenso conocido por el *Plat* (parcela) a causa de la división parcelaria. Los dos grupos vivían en paz —coexistencia pacífica del capitalismo y del comunismo— mientras había agua abundante en el canal; cuando el líquido escaseaba surgían las dificultades. Para acabar de una vez con ellas, Owen y Hoffman tuvieron una reunión en Nueva York, en 1893. El millonario suizo Michael Flurschiem participaba como árbitro. No hubo acuerdo. Owen, concesionario del canal, reclamaba el control del agua. Flurschiem vino a México a hablar con el presidente. Don Porfirio ratificó su apoyo a los comunistas. La prensa de los Estados Unidos comentaba: "Nadie consiguió nunca tanto del gobierno mexicano como Albert Kimsey Owen."

BENJAMIN FRANCIS JOHNSTON

Mientras el predio de Mochis era teatro de una batalla histórica (capitalismo contra comunismo, El Público contra el *Plat*, "santos" contra "coceadores", partidarios de la propiedad colectiva contra partidarios

de la propiedad privada), llegó en 1891 a la cuenca un joven de 25 años; tenía una personalidad magnética, como Owen; era dinámico y ejecutivo, simpático e inteligente, ambicioso y obstinado como el otro. Benjamin Francis Johnston —el recién llegado— sólo se diferenciaba de Owen en los propósitos de su acción. Para éste, la cuenca era el punto de partida para iniciar una nueva etapa en la vida de los pueblos; para Johnston, sólo una fuente de riqueza que había que controlar a toda costa.

Nadie ha sabido jamás la verdad acerca de Johnston. Unos dicen que vino a incorporarse a la colonia socialista; otros, que vino a proponer en venta, a los caciques dueños de trapiches anticuados, un ingenio azucarero de segunda mano, desechado por una empresa de Louisiana. Él afirmó que, después de haber hecho dinero explotando los bosques del Oeste, vino a México a invertir sus ahorros (100,000 dólares) en tierras y negocios productivos. Los descendientes de don Zacarías Ochoa, primer socio de Johnston, refieren, por su parte, que cuando el norteamericano llegó no tenía segunda camisa que ponerse.

Aquel joven audaz, de maneras distinguidas, de pensamiento rápido y fulgurante, se conquistó desde el primer momento al hacendado. De nada sirvieron las advertencias de amigos y familiares; don Zacarías, un hombre de 60 años, nada podía recelar de un joven de 25, de aspecto tan decente. A la muerte de Edward Lycan, socio de don Zacarías, Benjamin Francis sorprendió a todos aportando el capital para entrar en sociedad con el hacendado. Firmaron un contrato por diez años: Johnston instalaría el ingenio; don Zacarías aportaría la caña. Durante el primer año debería entregar un mínimo de cinco mil toneladas, pero las entregas crecerían en proporción de mil toneladas por año. En caso de incumplimiento, el hacendado pagaría un dólar por cada tonelada de caña no entregada.

Don Zacarías no pudo cumplir los términos del contrato. La sirena del ingenio aullaba día y noche reclamando caña. Al vencerse el contrato, el cacique de la región se hallaba en manos del joven aventurero. En su primer encuentro, el sistema semifeudal de la hacienda había sido vencido por el sistema capitalista, y el viejo de 60 años derrotado por el mozalbete. Nada podía ser más natural desde el punto de vista dialéctico. Con el segundo contrato, más leonino que el primero, Johnston dio la puntilla a don Zacarías. En diez años, el muchacho que no tenía una segunda camisa que ponerse se había convertido en una fuerza económica avasalladora en la cuenca. En posesión de las tierras de su protector, don Zacarías, y de su ingenio, El Águila, Johnston se lanzó a la conquista de nuevas propiedades; el capitalismo iniciaba su proceso monopolístico.

La pugna entre "santos" y "cocedores" llegaba por entonces a su crisis. Johnston solicitó la concesión del gobierno federal para construir un canal que llevara el agua del Fuerte al predio de Mochis, controlado ahora por él. Esas tierras denunciadas en 1872 por Owen y vendidas a

los colonos a 37 centavos el acre (poco más de 90 centavos la hectárea) habían sido liquidadas por sus compradores, pero el dinero entregado a Owen no llegó a las arcas del gobierno, sino que se empleó en la construcción del ferrocarril de Kansas City a México y al Oriente. En esas condiciones no tuvo dificultad Johnston para adquirir las tierras que los primitivos colonizadores creían suyas.

El proyecto que presentó Johnston para construir el canal de Mochis coincidía extrañamente con la situación y las características del canal de Tastes. Al mismo tiempo, Johnston realizaba una maniobra típicamente capitalista: se dedicó a concentrar en sus manos todo el *scrip* emitido por la Kansas-Sinaloa Investment Co., papel depreciado que Johnston obtuvo, cuando más, en un 10 % de su valor nominal. Como ese papel podía redimirse con dinero en efectivo o con derechos sobre el agua del canal, al controlar la mayor parte del *scrip*, Johnston se vio de pronto con el agua de Tastes en sus manos. Los colonos fueron notificados de lanzamiento por su compatriota. La evicción llegaba después de veinte años de poseer, cultivar y habitar aquellas tierras. Si querían quedarse allí tenían que comprarlas a Johnston, al precio que él fijara, naturalmente, y pagar el agua de su canal al nuevo propietario.

Johnston fue implacable. Sabía hasta qué punto los colonos tenían derecho a aquellas tierras que habían abierto al cultivo, y a aquel canal hecho con sus propias manos. A quienes le reprochaban su conducta, Johnston respondía con un encogimiento de hombros: *Business are business*. Los "santos" esperaban confiadamente ver llegar a Owen de un momento a otro para fulminar a Johnston y probar con documentos quiénes tenían derecho a las tierras y al agua. Pero Owen no llegó. No volvió jamás a la colonia. Los viejos pioneros fueron lanzados. Para regresar a su patria tuvieron que vender sus gobelinos y sus muebles antiguos. Dejaban en el valle veinte años de su vida y su trabajo; dejaban enterrados al pie del Cerro de la Memoria —*the Memorial Hill*— algunos de sus seres queridos y regresaban pobres y viejos a un país que sentían menos suyo que el que dejaban.

El ensayo "comunista" había fracasado materialmente, pero resultaba una victoria en el terreno moral. Los testigos mochitenses de aquella aventura recuerdan con emoción y respeto a los colonos; la impresión que éstos dejaron en los espíritus no se ha borrado aún. A pesar de las pugnas a que se vieron arrastrados en los últimos años de su permanencia en México, los habitantes de la cuenca consideran como una lección edificante su organización interna, sus principios morales y sociales. Por otra parte, quienes participaron en la empresa de Owen están muy lejos de considerar infructuosos esos veinte años que vivieron en México.

Clarissa A. Kneeland, una de las maestras de la escuela de la colonia, escribía muchos años después a doña Anita Padilla de Peiro —hoy residente en Mochis—, antigua alumna de la escuela de la Logia: "El *Crédit Foncier of Sinaloa* falló, Anita, pero nunca de manera tan terrible, terri-

ble, TERRIBLE, como han fallado los Estados Unidos de Norteamérica. Albert Owen fue un soñador que persiguió un hermoso ideal que no fuimos capaces de hacer realidad en aquel tiempo; pero yo afirmo que la civilización actual se derrumbará a menos que nosotros en los Estados Unidos y ustedes en México y todos en los demás países de la tierra encaminemos nuestros pasos, muy pronto, por el camino que Owen quería que nosotros siguiéramos en su colonia. El *Crédit Foncier* fracasó y mi corazón sufre todavía el dolor de ese fracaso. Mi alma canta a su memoria, a la aurora de su gloria, y doy gracias a Dios por el privilegio de haber pertenecido a ella..”

FEUDALISMO CONTRA CAPITALISMO

La presencia de la colonia “comunista” no había modificado en nada las relaciones de producción en la cuenca del Fuerte. Las haciendas conservaron su régimen semifeudal; la colonia no empleaba mano de obra o lo hacía en forma muy restringida y esporádica. Las “ideas exóticas” del comunismo no hacían temblar a los latifundistas de la región. Johnston disfrutó de la simpatía y ayuda de los hacendados; lo consideraban seguramente tan inofensivo como a los otros extranjeros. Algunos de los caciques lo ayudaron a controlar el *scrip* de la Kansas-Sinaloa sin imaginarse que estaban ayudando a crear una fuerza que después se volvería contra ellos. Johnston enseñaba a los señores feudales los secretos y trucos del capitalismo. En muchas ocasiones la Casa Borboa salvó al norteamericano prestándole dinero para cubrir sus compromisos.

Pero cuando Johnston inició su producción industrial en grande escala y ofreció salarios diez veces superiores a los dos pesos mensuales que pagaban las haciendas, se produjo la desbandada de los peones en los viejos feudos porfiristas. Los caciques se alarmaron. Había que cuidarse de un hombre que parecía no tener sentimientos humanos: había despojado a su protector don Zacarías y expulsado del valle a sus compatriotas. ¿Qué podían esperar ellos? Johnston no descansaría hasta no quedarse con todos los ingenios y trapiches y, naturalmente, con todas las tierras cañeras.

Se inició entonces la lucha entre los dos sistemas de producción: el semifeudal de las haciendas y el capitalista. Los viejos latifundistas, respaldados por el poder público, contra el joven industrial audaz, inteligente y mañoso que amenazaba devorarlos.

Aun cuando la guerra no fue leal y muchas veces se usaron armas innobles, hay que reconocer que se mantuvo dentro de límites hasta cierto punto válidos, dadas las circunstancias. En otras regiones del país el conflicto se hubiese resuelto rápida y eficazmente eliminando al circuncante poderoso. En el Fuerte no hubo sangre. ¡De qué distinta manera se hubieran producido los acontecimientos, por ejemplo, en el Sur del Estado!

Johnston, verdadero demonio de las finanzas, fue venciendo a sus enemigos uno a uno. Compró en el mercado los créditos de don Manuel Borboa y luego lo embargó para quedarse con La Florida, una importante hacienda panochera. Los caciques empleaban recursos menos sutiles: organizaban actos de sabotaje en el ingenio del enemigo; piezas esenciales de la maquinaria se rompían "accidentalmente", se abultaban en forma exagerada las liquidaciones de los contratistas, etc. Hubo algunos queregonaban más tarde haberse hecho ricos "robando al gringo". Johnston se defendía a golpes de inteligencia. Uno de ellos fue el haber puesto al frente de sus negocios a don Ignacio Gastélum, un sinaloense que gozaba de gran ascendencia y autoridad entre los hacendados.

Dueño ya de los principales ingenios de la región —El Águila, La Florida, La Constancia—, Johnston los refundió en uno solo, el de Mochis, y en 1917 constituyó una sociedad anónima llamada United Sugar Companies. En el predio que había arrebatado a los colonos plantó su fábrica. A su alrededor surgió, naturalmente, un nuevo centro de población.

La ciudad soñada por Owen no podía brotar, caprichosamente, en el lugar más bello de la cuenca. Las ciudades no brotan del cerebro de los soñadores; su nacimiento no obedece a razones estéticas, sino a otras de carácter vital y económico. Los colonos se instalaron en Mochis porque allí hallaron buena tierra y agua cercana. Johnston plantó allí su ingenio por ser un punto equidistante de las planicies cañeras. La actual población de Mochis no es, pues, como quieren algunos, fruto de los esfuerzos y sacrificios de Johnston. Cuando él llegó, el agua del canal de Tastes regaba las tierras de Mochis, y El Público era un centro de población que, de no haber salido los colonos, se habría desenvuelto como una gran ciudad. En el balance de la fundación de Mochis el sacrificio se anotó en la cuenta de los pioneros y el beneficio y la gloria en la de Johnston.

AIRES REVOLUCIONARIOS

Al estallar la Revolución de 1910 la situación de Johnston no era precisamente bonancible. Se asegura que estaba en quiebra. Su ambición lo había llevado demasiado lejos. El kilo de azúcar se cotizaba entonces a 10 centavos, y Johnston, cubierto el mercado local, se veía obligado a llevar sus excedentes hasta el centro del país para competir con los ingenios de Morelos y Veracruz, muchas veces a base de *dumping*. El capitalismo, triunfante sobre el feudalismo, se ahogaba en sus propias contradicciones. La Revolución, en vez de acabar de hundirlo, lo salvó.

Como uno de los vicepresidentes de la empresa de Mochis era a la vez vicecónsul norteamericano en la región, la bandera yanqui flotaba en el asta de las oficinas de la compañía; además, la valija diplomática era un recurso inestimable en manos de Johnston. Es un secreto a voces en la región que por ese conducto introdujo en Mochis enormes cantidades

del papel moneda que emitían los ejércitos revolucionarios. La experiencia que había tenido con el *scrip* de la Kansas Sinaloa Investment Co. le había enseñado el camino de las grandes operaciones bursátiles.

Con esa valuta devaluada —5 centavos de dólar por un peso mexicano, y aun menos—, pero de circulación forzosa, Johnston cubría sus compromisos. Con bilimbiques liquidó algunas cuentas pendientes con los herederos de don Zacarías Ochoa y con don Manuel Borboa; con ese papel sin valor real —que en sus manos se transformaba en oro, como todo lo que tocaban— realizó ventajosas operaciones comerciales y financieras. De hecho, el papel moneda de la Revolución lo salvó de la quiebra total.

A pesar de eso Johnston estaba, políticamente, en contra del movimiento revolucionario. Cuando Venustiano Carranza proclamó el Plan de Guadalupe, Johnston armó a sus empleados para lanzarlos a la lucha en defensa del gobierno de Victoriano Huerta. Ese paso en falso tuvo para él, posteriormente, graves consecuencias. Al triunfo del carrancismo se refugió en la inmunidad diplomática de su vicepresidente.

Dos sucesos para él afortunados se produjeron entonces, consolidando definitivamente su situación y dominio: la primera Guerra Mundial, que abrió el mercado exterior al azúcar de su ingenio, y la sublevación indígena local, encabezada por Felipe Bachomo, en contra del caciquismo porfirista del valle del Fuerte.

BACHOMO Y EL REY MIDAS

Mochicahui era la capital indígena de la cuenca y el lugar de residencia de don Manuel Borboa, el cacique más poderoso de la región. De ese lugar salieron en 1910 numerosos indígenas para incorporarse en San Blas a las fuerzas revolucionarias. Las tribus de la cuenca, como las de todo el país, habían sido despojadas de sus tierras, al amparo de la ley de baldíos o mediante el recurso más sencillo de cercar las tierras y lanzar a sus propietarios como intrusos.

Los indios vivían miserablemente en la servidumbre oprobiosa de las haciendas, donde una mula figuraba en las nóminas de gastos con una partida muy superior a la de ellos. El nivel de vida de las bestias era más elevado que el de los peones. La bandera de "Sufragio efectivo, no reelección" nada significaba para ellos, a no ser la oportunidad de librarse, en forma pasajera por lo menos, de la tortura diaria en la hacienda y, tal vez, la de vengarse algún día de sus verdugos. Centenares, miles de indios abandonaron las haciendas.

Al triunfo de Madero se habló de licenciar al ejército revolucionario; se invitó a los indios a volver a sus casas, a cultivar "sus tierras". ¡Naturalmente! En las haciendas escaseaba la mano de obra. Los indios comprendieron la maniobra y se anticiparon al licenciamiento. Desertaron llevándose las armas, el parque y el equipo que pudieron. Habían

nombrado su caudillo a Felipe Bachomo y convinieron en concentrarse todos en Jahuara, barrio indígena de Mochicahui que, desde entonces, quedó convertido en cuartel general de la sublevación indígena.

Más que un movimiento por la reivindicación de sus derechos y por la restitución de sus tierras, la rebelión indígena fue como una expedición punitiva en contra de los caciques a los que se aplicaría —y se aplicó en muchos casos— una justicia indígena sumaria. Más de seis mil hombres se alzaron en armas; divididos en guerrillas asaltaban los pueblos y saqueaban las tiendas de raya, quemaban las haciendas, fusilaban a los capataces, liberaban y armaban a los peones. No era una guerra de castas, como quieren algunos. No se perseguía al *yori* por ser blanco, sino por los crímenes que el blanco había cometido contra los indios.

Entre el indio Bachomo y Benjamín Francis Johnston surgió un extraño entendimiento. Es verdad que los indios no tenían motivos personales para odiar a los norteamericanos. Por el contrario, podían estar hasta cierto punto agradecidos porque les habían ayudado a liberarse un poco de la explotación de las haciendas al abrir fuentes de trabajo mejor remunerado. El respeto de los indios para los norteamericanos no podía explicarse —tratándose de indios analfabetos— como producto de una madura conciencia política. Los gringos eran blancos y sin embargo los indios no los molestaron jamás. Johnston se entendió con Bachomo porque era un aliado natural contra los caciques. Así, pues, Johnston proporcionó armas a los indios. De esa manera conquistaba su amistad y, al mismo tiempo, hacía buenos negocios.

Johnston era un genio diabólico de las finanzas. Perteneía a la estirpe de los Ford, de los Rockefeller, pero era superior a ellos. En realidad, no es una hazaña hacerse millonario vendiendo automóviles o petróleo, pero sí lo es el sacar dinero de la nada. Y de eso era capaz Johnston, el rey Midas del valle del Fuerte. La sublevación fue para él una mina de oro. Los hacendados perseguidos por los indios, ante el temor de perder vidas y cosechas, vendían éstas a Johnston, a cualquier precio, antes de abandonar la región. La bandera yanqui plantada en medio del campo convertía en sagradas aquellas plantaciones.

Descendientes de don Manuel Borboa afirman que muchas cosechas del viejo cacique de Mochicahui fueron a parar a las bodegas de Johnston. Los indios sublevados practicaban el deporte de la caza en las reses de las haciendas; Johnston compró pieles por millares, a un peso de papel cada una, y luego las exportó por Topolobampo a los Estados Unidos. Pero en las relaciones del indio con el gringo había, al parecer, algo más importante que los negocios y las venganzas.

En abril de 1914 los norteamericanos desembarcaron en el puerto de Veracruz. Las relaciones entre México y los Estados Unidos eran críticas; parecía inminente una guerra general entre los dos países. En caso de que la guerra se generalizase, el puerto de Topolobampo, con sus amplias y profundas bahías, era una posición estratégica de primer

orden. Allí podían desembarcar los soldados norteamericanos para atacar por la retaguardia a los defensores de la frontera mexicana.

Para el caso eventual, un ejército aliado de seis mil indios sin conciencia patriótica hubiera sido de importancia considerable. No hay, por supuesto, ninguna constancia, ningún testimonio de que Bachomo hubiese llegado a tal arreglo con Johnston. Pero dado que así hubiera sido, ¿se les podría reprochar en justicia a los indígenas su falta de patriotismo? ¿Se podía esperar de ellos una reacción patriótica? ¿Podía pedírseles la defensa de sus verdugos o el sacrificio por la patria? ¿Cuál era o qué era para ellos la patria?

Johnston no desconocía esta actitud mental del indio, y evidentemente pensó en aprovecharse de ella. De allí sus halagos para Bachomo y las grandes cantidades de armas y parque almacenadas en su casa. Cuando en 1915 Felipe Bachomo, que se había dejado arrastrar al bando villista, tomó la plaza de Mochis y necesitó armas y parque para sus tropas, hizo una visita a la Casa Grande. Johnston estaba ausente. El indio pidió las armas, cortésmente; se le contestó que no las había en la casa. Bachomo sonrió y ordenó una inspección. Bajo las colchas de las camas, sobre las cuales las familias amontonadas fingían morir de miedo, estaban los rifles, y en las canastas de la ropa sucia millares de cartuchos.

Al retirarse, Bachomo rechazó, resentido, una copa que le ofrecían: "¿Por qué no me tuvieron confianza?" Luego, sin molestar ni ofender a nadie, se llevó la mano a su sombrero texano adornado con una pluma de pavo real, y saludó amablemente: "Con su permiso, señores", y se retiró.

No será posible averiguar nunca la verdad sobre las relaciones entre Bachomo y Johnston, y mucho menos sobre las intenciones secretas de éste. Algo ha podido deducirse de los comentarios de personas que estuvieron cerca del indio y de la forma como se desarrollaron los hechos. Tampoco hay base para suponer que Bachomo estuviese de acuerdo en servir a los intereses de los norteamericanos en caso de guerra entre México y los Estados Unidos. El indio, astuto, hacía concebir al gringo esas esperanzas porque sin ese recurso se le habría dificultado mucho proveerse de armas y parque. Johnston, a su vez, necesitaba la amistad del indio para defender sus intereses y hasta para acrecentarlos.

JOHNSTON Y OBREGÓN

La primera Guerra Mundial y la guerra civil en México terminaron casi simultáneamente. Una y otra habían ayudado a Johnston a redondear y sanear sus negocios. De ellas salió el yanqui más poderoso. Seguro ya de su dominio, sin una nube en el cielo de su vasto imperio, con un capital inagotable, Johnston inició una nueva etapa de su vida. Algunos vecinos de Mochis afirman que Benjamín Francis tuvo dos épocas: la mala, hasta la consolidación de su dominio, durante la cual actuó como

los conquistadores que no se detienen ante nada, y la buena, durante la cual trató de actuar como civilizador, superando sus ambiciones personales para pensar un poco en los intereses generales de la cuenca.

En su segunda época Johnston se acercó, en sus concepciones, a los sueños de Owen. Reconoció que la gran metrópoli de la cuenca del Fuerte habría quedado mejor situada a la orilla del mar. Concibió entonces el proyecto de convertir a Mochis en un gran puerto de altura construyendo un canal navegable de 8 kilómetros desde la bahía de Ohuira hasta la población, a través de la planicie donde Owen pensó levantar su Ciudad del Pacífico. Debe haber comprendido que, antes que eso, lo que urgía era impulsar al máximo el desarrollo económico de la cuenca; en efecto, no tardó en abandonar la idea.

Decidió entonces construir una gran presa, en Balojaqui, con un costo de veinte millones de dólares y capacidad para regar cuatrocientas mil hectáreas. Al mismo tiempo produciría energía suficiente para electrificar la cuenca y el ferrocarril Kansas City-México y Oriente, que aspiraba ya a controlar algún día, como ocurrió años después. La presa pondría en sus manos una riqueza agrícola incalculable. Dueño de la tierra y del agua del Fuerte, Johnston sería el amo y señor, el dispensador de la vida. Poseyendo la energía eléctrica y el ferrocarril Kansas-Topolobampo, se convertiría además en dueño de los minerales de la sierra de Chihuahua. Él sabía por experiencia qué fácil era apoderarse de los recursos naturales de México. De realizar sus sueños, Johnston se habría convertido en el amo del Noroeste, en una fuerza económica y política tan aplastante, que habría roto, sin duda, el equilibrio del poder público nacional. La presencia de Obregón en el gobierno de México fue el pe-llizo que le hizo volver a la realidad.

Obregón odiaba a Johnston, y éste lo sabía. El ranchero de la cuenca del Mayo tenía más de un motivo de antipatía para con el dueño de la cuenca del Fuerte. El hecho de haber armado a sus empleados para combatir a la Revolución era tal vez el menos importante. Se sabe en Mochis que Obregón —asociado con su amigo Blas Valenzuela, cacique de la cuenca del río Sinaloa— pretendió adquirir las propiedades de Johnston y que el intento falló por las demandas exageradas de éste. No podía el gobierno de México pensar en invertir sus recursos en el feudo de un extranjero. No podía permitir tampoco que éste ampliara su dominio en tal proporción que, a la postre, la cuenca se convirtiera en una fuente de conflictos internacionales. A un grupo de mochitenses que lo entrevistó cuando hacía su campaña política, Obregón confesó sus temores cuando se le habló del proyecto de Balojaqui: "Esa presa la voy a hacer yo", les dijo.

Obregón fue la única fortaleza que Johnston no pudo conquistar. El manco fue el vengador mexicano que se permitió la satisfacción de tener al orgulloso magnate varias horas en su antesala, en Navojoa, para hacerle saber luego, por conducto de un portero, que no podía reci-

birlo. La humillación debe haber sido terrible para él, que había proclamado que conocía el precio de todos los funcionarios mexicanos, desde un presidente de la República hasta un gendarme. ¡Él, que entraba como en la suya en la Casa Blanca! Benjamin Francis Johnston se resignó. Abandonó sus sueños como los había tenido que abandonar antes Owen, aunque por razones distintas, y se dispuso a disfrutar plácidamente de sus millones viajando por el mundo.

Los sueños imperialistas de los dos norteamericanos eran demasiado ambiciosos para que los realizara un solo hombre. El desarrollo integral de la cuenca del Fuerte representa el programa sexenal no de uno, sino de varios gobiernos; es, en realidad, empresa para varias generaciones. El programa de la Comisión del río Fuerte es trasunto de los sueños de Owen y de Johnston. Incluye, en primer término, la construcción de la presa Miguel Hidalgo, no en Balojaqui, sino en un sitio que se considera más adecuado, el Mahone, cerca de la ciudad de El Fuerte. Incluye, asimismo, la terminación del ferrocarril Topolobampo-Kansas, iniciado por Owen. El puerto tan querido de los colonos socialistas será convertido, al fin, "en el centro ideal para el intercambio comercial entre las naciones".

Al terminarse las obras portuarias en Topolobampo; cuando la cuenca, terminada la presa, se halle en plena producción; cuando, concluido el ferrocarril, puedan explotarse los recursos mineros de la sierra de Chihuahua, en las bahías de Topolobampo flotarán las banderas de todas las naciones, cuyos barcos vendrán a cargar productos agrícolas o minerales. No falta mucho para que el cuadro soñado por Owen en 1872 se convierta en realidad. La gran ciudad imaginada, la Ciudad del Pacífico, estará allí, un poco más al Norte del sitio en que él la había situado. Si se calcula un promedio de cuatro personas por hectárea de tierra en explotación, sobre la cuenca del Fuerte se vaciará un río humano de más de un millón de almas, la mayor parte de las cuales se concentrará en la ciudad de Mochis.

Topolobampo, "el lugar más dulce sobre el haz de la tierra" según el himno de los colonos socialistas, no será la "metrópoli socialista de Occidente", como dice José C. Valadés, pero sí un centro turístico de primera categoría para todo el Sur de los Estados Unidos y el Norte de México. Un sitio excepcional donde puede practicarse el deporte, tal vez único en el mundo, de cazar venados en el mar, persiguiéndolos en una lancha de motor.

Afortunadamente para México, fallaron los sueños imperialistas de Owen y Johnston. De lo contrario, el país se hallaría hoy frente a un serio peligro. Los dos mil colonos yanquis del siglo pasado formarían ya una "minoría" norteamericana de muchos miles de ciudadanos amparados por su bandera, y podría repetirse la estratagema de los Sudetes.

Obregón mantuvo una política de reserva frente a la poderosa empresa imperialista. Por una parte, trataba de fortalecer su gobierno, a toda

costa, con el reconocimiento de la Casa Blanca; por la otra, carecía de la fuerza y estabilidad necesarias para lanzarse en contra de Johnston. Se limitó, pues, a cerrarle el paso, a cortarle las alas al gringo de Mochis dando carpetazo a sus proyectos de expansión económica. No podía hacer más, pero fue suficiente, por el momento. De no haberlo hecho, nos enfrentaríamos hoy, tal vez, a una repetición del caso de Texas, a una nueva Mesilla.

Obregón no había oído hablar en su vida de la geopolítica, pero era un ranchero y conocía el apego del hombre a la tierra en que vive, en que sufre y trabaja, en que forma su hogar y su patrimonio, aun cuando esa tierra no sea su patria. Sabía que los planes gigantesco de Johnston atraerían hacia la cuenca a miles de norteamericanos que instalarían allí sus hogares o invertirían sus capitales, y que al cabo de algunos años se sentirían más ligados a México que al lugar de su procedencia. Desarraigar a esa gente, a esa "minoría" norteamericana, arrojarla de allí, hubiera sido luego una tarea muy difícil y peligrosa.

FANTASÍAS Y REALIDADES

Para sus panegiristas, tan serviles como mal informados, Johnston es el creador de Mochis. Antes de que él llegara, sobre el valle se cernían las sombras; con él llegó la luz, la civilización, la vida; a su conjuro, un pueblo brotó de la nada y los campos cubiertos de pitahayales y mezquites cambiaron su vegetación por hermosos cañaverales. En un libro de texto para las escuelas oficiales, en Sinaloa, se presenta a Johnston como un mesías: "Cuando aún no soñaban en México con las ideas socialistas, Mr. Johnston las aplicaba en Sinaloa..." El autor de ese libro ha confundido al rey Midas del Fuerte con un Albert Kimsey Owen.

Johnston no fue el fundador de Mochis, pero pudo haberlo sido; tenía madera para fundar no uno, sino varios pueblos. Él mismo refirió una vez a un periodista que, al no encontrar en el Oeste campo propicio para sus actividades, había emigrado a México en busca de tierras que conquistar. Como otros muchos jóvenes norteamericanos, había llegado tarde a la conquista del Oeste. Los que tenían vocación y espíritu de empresa y de aventura se fueron por el mundo en busca de un imperio; y algunos lo encontraron.

Benjamín Francis Johnston no ha tenido biógrafos. Nada se sabe de su existencia en los Estados Unidos, excepto que nació en Pennsylvania el 15 de diciembre de 1865. Nunca hablaba de sus veinticinco años anteriores a su llegada a México, y prefería que nadie se ocupase de los cuarenta y seis que pasó en el país. Históricamente, fue un factor innegable de progreso; al implantar en la región las nuevas formas capitalistas de producción frente a la caduca organización semifeudal de las haciendas, se adelantó a la Revolución democrático-burguesa de 1910. En ese sentido fue un revolucionario.

Los métodos implantados por él en la cuenca fueron una revolución pacífica por cuanto que no hubo derramamiento de sangre. Sin embargo, quien conoce a los hombres de la región sabe hasta qué punto su presencia y su lucha contra los caciques influyó en el subconsciente indígena para alentar la sublevación que encabezó Bachomo. Se acusa a Johnston de inhumano, frío, desleal. En realidad no podía haber sido de otra manera. El capitalismo es un proceso despiadado, pero es un camino que todos los pueblos tienen, faltalmente, que recorrer. El proceso de concentración del capital de la industria azucarera del valle —antes de la llegada de Johnston había más de veinte pequeños trapiches— culminó en 1917 con la formación del monopolio azucarero de la cuenca, llamado United Sugar Companies, S. A.

Este proceso, a su vez, dio origen a otro: la formación de una nueva clase social, el proletariado industrial que luego, después de no muchos años, se enfrentaría a Johnston hasta lograr, en 1938, volver al dominio mexicano las tierras que él usufructuó por cerca de medio siglo. Johnston fue factor de progreso, indiscutiblemente, hasta un momento determinado; luego, vino a ser lo que es ahora la United Sugar: una fuerza negativa que está frenando el desarrollo integral de la cuenca.

Se dice que en su segunda época Johnston se "preocupó" un poco por Mochis: propuso al ayuntamiento la pavimentación de la ciudad... a cuenta de contribuciones; introdujo el agua potable, la luz y los teléfonos, servicios públicos que están ahora en sus manos y constituyen un monopolio asfixiante contra el que luchan actualmente los mochitenses. ¿Qué ha DADO Johnston a Mochis a cambio de lo que Mochis le dio? ¿Qué obra o qué servicio por el que no haya tenido que pagar la población un alto precio? Nada, a no ser su nombre para que lo ostente, gratuitamente, una de sus avenidas.

Era una personalidad excepcional, un dominador, un conquistador. Hizo del valle un imperio en el que no había más voluntad que la suya. La cuenca del Fuerte llegó a ser, de hecho, una unidad política y económica independiente del gobierno del Estado. No solamente imponía autoridades y normas de vida, sino que llegó al extremo de emitir su propio papel moneda y acuñar piezas de bajas denominaciones —las "cacharpas"—, que circularon en toda la cuenca hasta que, al descubrirse una falsificación, tuvieron que ser retiradas.

Aunque parecía hecho de una sola sustancia, Johnston tenía, en realidad, una segunda naturaleza. Era como *Ferdinando el Toro*, ese fiero personaje de la historieta del cine norteamericano que, irrefrenable como una fuerza de la naturaleza, después de arrasarlo todo a su paso, se vuelve sumiso y romántico frente a una flor. Benjamín Francis amaba las flores por sobre todas las cosas, excepto el dinero. Las flores eran su única debilidad. Él quería hacer del valle un inmenso jardín. En 1925 estableció una granja experimental agrícola que ha servido desde entonces como vivero donde se aclimatan las plantas exóticas traídas por él

de todos los rincones del mundo. En sus jardines y bosques privados —que no conoce ni uno de cada cien mochitenses— se cultivan las más raras y maravillosas especies del Oriente, flores, frutales y plantas de ornato.

A pesar de su dureza aparente, Johnston era sensible a la belleza. En uno de los cerros de Topolobampo construyó su casa de recreo desde donde dominaba el panorama espléndido de la bahía de Ohuira, en cuyas aguas se mecía su yate, *El Tiburón*. Su paseo favorito en Mochis consistía en subir al Cerro de la Memoria y permanecer allí horas y horas contemplando su valle, su ingenio y su ciudad.

Johnston quería legarle a Mochis una explanada en lo alto del cerro para que los mochitenses fueran a contemplar desde allí su paraíso perdido. No se sabe qué influencias extrañas lo disuadieron; el hecho es que en vez del mirador ofrecido se levantó en la cima del cerro un horrible monumento dedicado a su memoria. En cambio, no hay nada, absolutamente nada, que recuerde a Owen. Parece que alrededor de este nombre se organizó el olvido y el silencio.

Mochis, la tercera ciudad de Sinaloa, será muy pronto la primera del Pacífico. Nacida de una extraña nebulosa de sueños imperialistas y utopías socialistas, se desenvuelve hoy por el camino seguro de las realidades que, si no hay nada que detenga su marcha, la conducirán a la meta de las fantasías soñadas por Albert Kimsey Owen y Benjamín Francis Johnston.